

que los desfiguró la malicia ó la incuria de los copistas, y fijando su sentido é intencion mediante el cotejo de los hechos y de otros escritos. No se la debe confundir, si bien le sirve de base, con la *Historia de las bellas artes*, la cual enseña cómo en general el hombre se elevó desde las construcciones y figuras groseras hasta la representacion mas verdadera y delicada de los objetos naturales y de las concepciones humanas por medio de la materia, hasta alcanzar aquel tipo de belleza, que es peculiar de cada nacion; y anota los grandes hombres que convirtieron con sus obras en imágenes visibles las creaciones del ingenio. Por tanto, es indispensable que el arqueólogo esté versado en la erudicion y en la historia de las artes, si quiere comprender el sentido de los monumentos, y hacer aplicaciones útiles y juiciosas. Sobre todo, debe estar familiarizado con la mitología y con los poetas, especialmente con los trágicos griegos, los cuales fueron manantial riquísimo de inspiraciones artísticas para el pueblo que nos dejó los monumentos mas hermosos; para el pueblo, único en el mundo, que ha sido en su conjunto grande artista, y que ha considerado el arte como un elemento robustísimo de nacionalidad.

La Arqueología no debe confundirse tampoco con la *Historia*, no obstante la estrecha relacion que entre ambas existe. Por largo tiempo se careció de todo auxilio literario; de modo que la *Historia* enmudecía, si la Arqueología no llenase este vacío. Tales fueron los siglos anteriores á Homero en Grecia, y los posteriores á Alejandro en la Bactriana. La historia de muchos imperios no ha llegado hasta nosotros sino por medio de medallas é inscripciones. ¿Qué nos quedaria del inmenso Egipto, si no existiesen sus monumentos? Así, pues, la Arqueología acude á veces al auxilio de la erudicion escrita, y á veces reclama el suyo; la ayuda en cuanto á comprender lo que los autores han dicho sobre la topografía, la teogonía, la ética, esto es, sobre las costumbres; se sirve de los escritores para encontrar el verdadero significado de los monumentos que le pertenecen en la arquitectura, en la plástica, en la gráfica, en la toréutica, en la glíptica, en la epigrafía y en la numismática.

§ 7. MÉRITOS DE LA ARQUEOLOGÍA.

Los escritores antiguos descuidaron generalmente la *Cronología*, y los monumentos han ayudado á coordinar y fijar esta ciencia, sin la cual no puede existir la historia. Sin ellos los nombres de personas y de lugares permanecerian aun desfigurados por la inexacta trascripción y por las alteraciones que produce el verterlos á otro idioma; ellos enlazan de nuevo la serie de los poderes dominantes, perdida ó confundida.

Los escritores, siguiendo, ora las impresiones personales, ora las simpatías nacionales, alteran

la verdad aun sin quererlo, al paso que los monumentos permanecen á modo de sinceros testimonios de los hechos. Frecuentemente los escritores guardan silencio respecto de las costumbres, usos y opiniones de los pueblos, contentándose con exponer sus hechos exteriores, ó bien aluden ligeramente á aquellos objetos. Y si esto era suficiente para los que vivian en los tiempos á que nos referimos, no sucede lo mismo con nosotros, tan distantes así por la época como por la nacion. La Arqueología suple semejante falta, descubriendo los indicados usos, costumbres y opiniones en lo que ha quedado de ellas, haciéndonos, por decirlo así, vivir en medio de los antiguos, resucitando su estado social, con sus armas, trajes, espectáculos, ceremonias, ritos religiosos, funerales, bodas, banquetes, habitaciones, adornos; da una forma determinada á las imágenes que el espíritu se ha creado de la antigüedad, á las ideas que ha entresacado de la lectura; llena algunos vacíos de los textos; suministra á su interpretacion inesperados medios de crítica; del cotejo de los monumentos figurados deduce ciertas tradiciones religiosas y heroicas, no reveladas por los escritos, y nos introduce en los tiempos que carecen de todo monumento literario. Ninguna historia nos ilustra tanto respecto de la civilizacion romana como una descripción, y mas todavía, una exploracion de las excavaciones de Herculano ó de Pompeya.

La Arqueología favorece el amor á lo bello, fuente de tantos placeres, ayudando á comprender las obras antiguas, á descubrir su objeto, á apreciar el mérito que encierran, con lo cual aumenta ó modera la admiracion. Enseñando á clasificarlos, ayuda á la memoria y facilita la erudicion. Por último, instruye en el modo de discernir lo que es verdadero de las mas hábiles falsificaciones.

Algunos comentadores han tratado de ilustrar á los clásicos por medio de los monumentos, como lo hicieron Spanheim con Calimaco y Juliano; Flaxmann, Tischbein, Raoul-Rochette con Homero y Eurípides; Heyne y Sandbey con Virgilio; Pyne con Horacio; Clavier y Visconti con Pausánias. Recientemente Beugnot ha buscado en los monumentos la prolongacion del paganismo en Occidente despues de la propagacion del Cristianismo.

De algunas lenguas no han quedado mas vestigios que los que se encuentran en los monumentos; tales son los jeroglíficos egipcios, los etruscos y los rúnicos. En las que aun viven, pueden tambien los monumentos hacer constar con mas certeza una diccion ó una ortografía, ó el verdadero estado del idioma en determinados tiempos, como acontece en el idioma latino con los epitafios de los Escipiones, con la columna rostrata y con varios senadoconsultos en bronce.

Gravina, Heinecio, Rinkio, Brissonio, Terrason, Agostini, Orsini, Bœck y otros han demostrado cuánta luz derraman sobre la jurisprudencia

cia la numismática, y los epígrafes, que revelan ó leyes ó prácticas del foro. Las ruinas de los *septias*, es decir, del recinto destinado á los grandes comicios nacionales en el Campo de Marte en Roma, descubiertas hace poco tiempo, resuelven una cuestion difícil é importante, á saber, cuál fué la constitucion de Servio Tulio respecto de las clases de los ciudadanos y de sus subdivisiones. Con haber quitado del foro romano los materiales que en parte lo ocultaban, se llegaron á explicar algunos pasajes de autores antiguos y cuestiones de derecho civil ó público.

Las bellas artes tornaron con frecuencia á marchar por el sendero de que se habian desviado, recurriendo á los restos de la antigüedad; en sus dias mas prósperos encontraron en ellos felices inspiraciones, ó aprendieron en su estudio á explicar con clásica correccion los pensamientos nuevos y originales. Hace poco que deseándose en Kulm erigir un monumento á valientes guerreros, se creyó preferible á todo copiar una preciosa antigualla, que algunos años ántes se habia sacado de los subterráneos de Brescia. En Munich han vuelto á nueva vida muchos edificios de los tiempos pasados.

Por otra parte, ¿cuán lisonjero no es para el entendimiento, y cuánto no estimula á la imaginacion contemplar las efigies de los hombres grandes! Y precisamente la serie de estos aparece en las medallas, en los bustos ó en las piedras esculpidas ó grabadas.

Es excelente medio para hacer que progrese un arte, conducirlo de nuevo á su origen; revelarle la razon y los modos de su existencia, evitar así los ensayos peligrosos, preservarle de los extravíos, multiplicar sus recursos y enriquecerle con una experiencia anticipada, de modo que marche desembarazadamente por un camino que no es mas que la aplicacion sucesiva y la consecuencia necesaria de su principio. De donde se deduce, que el estudio de los orígenes es el fundamento principal y mas verdadero del progreso.

No se nos diga que estas ideas son el resultado de un sistema formado de antemano, ó un sacrificio que ofrecemos á ideas actualmente de moda. La asociacion de lo bello, de lo bueno, de lo verdadero, en la cual hacemos consistir el progreso social, debe encontrarse tambien en la Arqueología, cuando se la quiere elevar á la categoría de ciencia. El hombre contempla con curiosidad y maravilla los monumentos; dominado por estas impresiones, los describe ó los imita: primer paso que no pertenece todavía á la ciencia. La multitud de los objetos le obliga á elegir entre ellos, á establecer un método, á ciertas clasificaciones, ya con arreglo al estilo, ya teniendo presente la historia. En su marcha progresiva, de aquellos ejemplos deducirá preceptos, los encadenará y formará un cuerpo de doctrina. Mas para que esta se anime y se enaltezca hasta tomar el carácter de una representacion social, convendrá que el hombre

estudioso busque y exprese su aplicacion, su objeto, el pensamiento que se oculta bajo aquellas formas, enlazando de este modo cada obra con la civilizacion que la rodea.

Para conseguir esto, se necesita gran caudal de conocimientos, y sobre todo el profundo sentimiento de la verdad, es decir, de la idea; merced á la cual solamente puede, de la idolatría de la forma, elevarse al culto del pensamiento, asignar sus razones á cada época, y fijar sus justos límites á la imitacion. Únicamente así se remediarian tantos absurdos como se cometen en las fábricas modernas, estropeadas por el conato de imitar las antiguas, adoptándose un estilo convencional que no tiene relacion con los tiempos ni con las necesidades, y resultando que se construye una iglesia ó una bolsa segun el modelo de un templo ó de un baño antiguo, y que se da á un Padre Eterno la expresion de un Júpiter Olímpico.

Para evitar estos desaciertos sistemáticos, no conozco método mas conveniente que el de recurrir á los orígenes, esto es, á la antigüedad. Una ciencia pedantesca se ha fijado en ciertas naciones y edades, llamando clásicas á las primeras, y de oro á las segundas, y no reconociendo fuera de ellas salvacion para el buen gusto. Es como si el naturalista pretendiese estudiar al animal tan solo durante su mejor desarrollo, ó la planta únicamente cuando está cargada de frutos. Pero ¿la clasificacion botánica no se deduce de las semillas? Y la meditacion sobre los incrementos progresivos ¿no es la que impele hácia adelante la ciencia? Ante los monumentos de la época mas brillante para las artes, el hombre se siente deslumbrado hasta el punto de perder la moderacion necesaria para observar los defectos, y apreciar el merito real que encierran, excluye la posibilidad de otra cosa mejor, y pierde en libertad tanto como adquiere en delicadeza.

De aquí procedia el desprecio con que hace poco tiempo se miraba todo lo que no fuese griego ó romano; de aquí la manía de reducir el arte á límites tan estrechos; de aquí el vilipendio hácia monumentos de incomparable grandeza como los góticos, ó de profundo sentimiento como las obras del arte cristiano; y mas de un historiador artístico deberá ser reprobado por nuestro siglo, á causa de las tinieblas de que se rodeó voluntariamente, y que solo le permitieron ver un punto luminoso.

Insistimos en la utilidad de este estudio, porque la opinion de los que encuentran cómodo despreciar para no tomarse el trabajo de estudiar, ha conseguido que vaya asociada á la Arqueología la reputacion de pedantismo, justificada en verdad por sus ineptos y presuntuosos adoradores, pero desmentida gloriosamente por los hombres insignes que han unido á ella la filología y el sentimiento de las necesidades de nuestro siglo, y que la han convertido, de investigacion muerta y sin

resultado sobre la lengua y los usos de los antiguos, en un estudio filosófico de las antigüedades clásicas.

Con las recientes indagaciones hechas en Grecia, especialmente de ciertas inscripciones de la Fócida, se ha descubierto un hecho que se ignoraba por completo, esto es, que á veces los esclavos eran puestos en libertad con darse á un santuario, sustituyendo á su amo el dios que allí se veneraba; uso que se conceptuaba haberse introducido solamente en la edad média. Es un excelente trabajo el de Noël des Vergers, *Essai sur Marc-Aurèle d'après les monuments épigraphiques* (Paris, 1860). Las obras de Le Bas sobre los monumentos de Grecia son una mina de luces nuevas, de rectificaciones y pruebas; y quizá fué Le Bas quien por primera vez introdujo documentos epigráficos en los libros destinados al uso de la juventud de las universidades.

§ 8. SU GRADO DE CERTIDUMBRE.

Hay quien pretende acusar á la Arqueología de ser demasiado vaga é incierta en los resultados. Las ciencias morales no darán nunca la absoluta verdad de las matemáticas, ni aplicaciones inmediatas y seguras como las mecánicas. Sin embargo, existe un orden no escaso de verdades que pertenece todo al dominio de la historia, despojado del iracundo escepticismo en que la quisieron sepultar los filósofos del siglo pasado, y aun en el nuestro algunos de sus retrógrados secuaces. Ahora bien, á la conquista de estas verdades, mas que nunca, contribuye hoy la Arqueología, aun cuando se quiera considerar como nulo el placer sublime de reconocer la verdad. El que, ignorando la ciencia que mide los espacios y el movimiento, ve á un astrónomo fijar el instante en que, al cabo de muchos siglos, un astro ha de encontrarse en tal ó cual situación, se sonríe; y tanto mas cuanto que los mismos que conocen perfectamente la periferia y el volumen de un planeta muy lejano, á duras penas convienen en la medida de un grado del meridiano en nuestro globo. Sin embargo, los cielos deponen en favor de aquella ciencia, y el previsto eclipse viene en el preciso minuto á probar la infalibilidad de los métodos.

Lo mismo ha sucedido con la Arqueología. Algunos la convirtieron en un verdadero juego para engañar á otros, porque ellos mismos se engañaron, como aconteció á Annio de Viterbo, Serlio, Struys, Laurus, Picart, Golzio y Hardouin. Sería muy fácil citar errores, y de gran bulto, en que incurrieron otros; no habria dificultad en indicar las interpretaciones, inconcluyentes por su demasiada vaguedad, ó por estar deducidas de elementos que podían servir para sacar consecuencias enteramente distintas; tampoco la habria en señalar algunos puntos que permanecen innaccesibles á sus investigaciones. Es tambien demasiado exacta la acusa-

cion que Winkelmann dirige á muchos anticuarios, comparándolos á los torrentes, que se hinchan cuando el agua es superflua, y se secan cuando ellas se necesitaria que corriese. Pero á esto se pueden oponer hechos brillantísimos; atrévidas conjeturas, probadas por un caudal prodigioso de resultados; muchas verdades, ó enteramente reveladas, ó puestas en evidencia por las investigaciones de los anticuarios. Nuestra obra suministrará mas de una prueba de ello.

§ 9. DIFICULTAD DE INTERPRETAR LOS MONUMENTOS.

En efecto, si el testimonio que dan los monumentos á la civilizacion de un pueblo es el mas sincero y auténtico, es tambien el ménos fácil de interpretar, ora porque no se le sabe dar un sentido, ora porque no se acierta á escoger entre sentidos diversos. Aislados no tienen significacion, ni utilidad, y reunirlos es tarea larga y costosa. Por tanto, los monumentos originales no vienen sino en último lugar, en ayuda de los monumentos escritos, á medida que se va comprendiendo su utilidad, mediante el progreso de los demas estudios, y como complemento de estos. Los indicios que nos suministran los monumentos gráficos, no son nunca tan precisos como los de los autores, y el ilustrador puede fácilmente amoldarlos á su manera. ¿Cuánto no se ha dicho á propósito del zodíaco de Dendera? ¿cuántos delirios no se han sostenido valiéndose de las medallas? Pero los delirios de algunos no deben desacreditar una ciencia, que debe ser clara y determinada en la forma, dirigiéndose en el fondo al íntimo conocimiento del hombre y de la sociedad antigua.

KLOTZ ha publicado un tratadito en alemán sobre el *Estudio de la antigüedad*, refutando á los que lo tachan de fútil. Tambien BIRNBAUM insiste en esto en su raro tratado *Sobre la naturaleza y el uso del estudio de las antigüedades*.

Véase tambien á GERHARDT, *Vorrede zum Prodomus der antiken Bildwercke*.

LABUS, *De la certitude de la science des antiquités*. Milan, 1822.

El escepticismo del siglo pasado contra los monumentos se encuentra reproducido por DAUNOU, *Cours d'études historiques*. Paris, 1842, tomo I.

§ 10. HISTORIA DE LA ARQUEOLOGÍA ENTRE LOS ANTIGUOS.

Los antiguos tenían á la vista muy pocas ruinas, y se encontraban demasiado complacidos con los gozes de lo presente, para poder instituir una ciencia que se encargase expresamente de examinar los monumentos, y deducir de ellos el conocimiento de las pasadas edades.

La India no hacia distincion de los tiempos en la vaguedad característica de sus conocimientos; de manera que para ella no existia lo pasado, ó se confundia con la perpetuidad.

La China, veneradora como es de sus antepasados, anotó cuanto á ellos se refiere; y cuando Ven-ti, siglo y medio ántes de J. C., devolvió á los letrados el favor que les habia sido arrancado despues de la persecucion de Chi-Vang-ti, doctos partidarios de Confucio se esmeraron en recoger, no solamente los manuscritos, sino tambien los monumentos de todas clases que se habian librado de la decretada destruccion. Pero aquel pueblo los estudió de un modo enteramente empírico, sin sistema, sin mas propósito que el de perpetuar el mismo gusto, las mismas ideas, rechazar las innovaciones, ó hacerlas adoptar mostrándolas como deducidas ó á lo ménos apoyadas en el antiguo.

Los Egipcios se jactaban de ser el pueblo mas antiguo, y por lo mismo no se tomaban el trabajo de interrogar á lo pasado: sin embargo, los antiquísimos monumentos de Tébas están contruidos con fragmentos de otros anteriores á ellos, y si los sacerdotes sabian alguna cosa acerca de sus mas remotos antepasados, como únicos depositarios que eran de la ciencia, aquella doctrina quedó sepultada en el arcano de los templos, ó bajo el enigma de la escritura jeroglífica, desesperacion de los arqueólogos.

La Grecia dió el ejemplo de reunir monumentos y noticias sobre la antigüedad, y convertirlas en objeto de erudicion y de ciencia, aunque desviándose del aspecto general bajo el cual hoy las reconocemos. Muchos artistas enseñaron las reglas de su arte apoyándolas en trabajos propios ó ajenos. En los templos y monumentos mas famosos habia algunos *ἐπιγραφαί, περιγρήται, μυσταγωγαί*, que llamaremos *ciceroni*, los cuales referian historias y anécdotas acerca de las artes, hasta que algun escritor las recogió. Así lo verificó Herodoto, primer historiador profano; Hecáteo de Mileto viajó por Egipto para examinar las cosas antiguas; Hacusilao de Argos compuso una obra de las Genealogías para aclarar ciertas inscripciones que habia hallado; Antíoco de Siracusa al principio de su historia decia que habia examinado los monumentos antiguos, tomando de ellos lo cierto y lo probable (Dionisio, *Ant. rom.*, lib. I); Pisistrato formó una coleccion de inscripciones en piedra y en bronce; Platon y Aristóteles hablan de inscripciones antiguas; un tal Aristódemo trató de las *inscripciones tebanas*; Heratóstes era llamado por antonomasia el *anticuario*: segun Lactancio (lib. I, c. 44) Hevevero sacó su *Historia de Júpiter y los Dioses* de títulos é inscripciones muy antiguas que habia en los templos griegos. En tiempos posteriores con mas latitud obró Pausánias, y tambien Estrabon sacó muchas luces de los sepulcros, inscripciones y monumentos. Nos quedan algunas descripciones de pinturas, y muchos epigramas relativos á obras artísticas que ayudan á conocerlos. Otros formaban colecciones de obras maestras de artes y anti-guallas, y el famoso Museo de Alejandria contenia, ademas de los libros, antigüedades y

monumentos. Sin embargo, se dedicaban mas bien á comprobar las épocas y dar apoyo á los hechos que á deducir de ellos un conjunto de conocimientos acerca de las costumbres y de las leyes, como han sabido entresacarlo de los mismos monumentos los eruditos modernos.

Los Romanos no se cuidaron de conocer sus orígenes y se manifestaron deseosos de borrar la memoria de los ajenos. En la loba de Rómulo terminaba su antigüedad; sobre la de los Etruscos, tan grande y madre de la suya, extendieron un velo insultante, y ahogaron en sangre los fastos de los antiguos Italos. Cuando pasaron á Grecia y á las islas, arrebataron con mano sangrienta lo que les pareció bello y á propósito para el adorno de su ciudad; pero sin abrigar el mas leve pensamiento de conservar ó de recoger algo que pudiese prestar auxilio á la historia. En el Capitolio estabán esculpidas en piedra ó en bronce las leyes, los decretos y los tratados antiguos, pero ninguno de sus historiadores se dignó interrogarlos; de modo que dos extranjeritos, Dionisio de Halicarnaso y Polibio, supieron mas acerca de las antigüedades romanas que los historiadores indígenas. Tito Livio se contenta con copiar á los Griegos, cuando no inventa fábulas; Ciceron, para dar á conocer la constitucion de su país, traduce á Polibio; del eruditísimo Marco Varron, á quien los antiguos no cesan de prodigar elegios, escasa idea nos dan los fragmentos que han quedado de sus obras; ni podemos decir mas de Caton: y aunque se crearon en Roma museos de rarezas y de arte, no vemos que se aprovechasen de ellos los escritores, que, hasta el tiempo de Plinio y de los compendiadores sucesivos, se mostraban satisfechos siempre con la Arqueología literaria, esto es, con repetir lo que en otras partes habian encontrado escrito. La única excepcion es Vitrubio, arquitecto de la época de César y de Augusto, el cual nos dejó reglas y ejemplos, que han ilustrado mucho las antigüedades arquitectónicas.

El emperador Adriano recogió antigüedades por todas las partes del mundo, y lo poco que de ellas se sacó de su *villa* de Tivoli hace hoy día la riqueza de muchos museos.

Los Galos, los Germanos y otros pueblos no habian progresado tanto en la civilizacion que pensasen en recoger la historia de sus antepasados; pero es doloroso que se haya perdido la coleccion de los cantos teutónicos, mandada formar por Carlo Magno.

Los Árabes, envanecidos con sus genealogías, á ellas circunscribieron el conocimiento de la antigüedad, mezclándolas despues con tradiciones de naciones vecinas.

§ 11. COMO FUÉ ESTUDIADA LA ARQUEOLOGÍA EN TIEMPO DEL RENACIMIENTO.

Quando se renovó la aficion á los estudios clásicos, en Italia se dedicaron muchos con fer-

vor a las investigaciones arqueológicas. Petrarca dió el ejemplo, pues a la par de los manuscritos reunía inscripciones y medallas, y remitió al emperador Carlos IV una colección de estas, no ciertamente con un objeto arqueológico, sino para excitarle a imitar a aquellos príncipes cuya esfigie representaban. Nicolas de Rienzi adquirió con el estudio de las inscripciones y de los monumentos romanos aquel ardor que le impulsó a querer restaurar la república antigua.

Los pontífices favorecieron muy singularmente el estudio de la antigüedad, decretando excavaciones y recogiendo cuanto salía de las ruinas de la ciudad eterna. En el estudio de estos monumentos se ejercitaron los grandes artistas que contribuyeron a hermostear el siglo de los Médicis, y uno de los caracteres de aquella época era el afán con que se buscaban, y el entusiasmo con que se acogían las preciosidades antiguas, especialmente las que se referían a las artes. Rafael escribió a Leon X enviándole un grandioso proyecto para excavar toda la antigua Roma. La ostentación sustituyó también al amor a la ciencia; los palacios se llenaron de antiguos monumentos, y pésimas restauraciones deterioraron a veces los fragmentos más hermosos.

A este, que puede llamarse el período artístico, sucedió el de los anticuarios, únicamente ocupados en dar un nombre y designar un lugar a las cosas descubiertas. Escasos de crítica y de conocimientos, fácilmente se extraviaban acerca de la vida de los antiguos, y se dirigían hacia lo exterior y lo mezquino. Algunos, sin embargo, pensaron en describir las colecciones, difundiendo de este modo el conocimiento de ellas. Lorenzo de Médicis estableció una cátedra en Florencia para la enseñanza pública de la Arqueología, y se comenzaron obras destinadas a ilustrar sistemáticamente las antigüedades. Pomponio Leto y Rafael de Volterra escribieron sobre los magistrados, Marliano sobre la topografía de la antigua Roma, Robertello sobre el nombre de las familias; Manuzio (*De legibus Romanorum* y *De civitate* 1558, 1585) trató el asunto de la ciudadanía romana con más agudeza que Onofrio Panvinio, pero le superó el Modenes Sigonio al tratar del derecho de los ciudadanos romanos (1560), del derecho itálico (1562) y de los juicios (1574). Grouchi de Ruan y Latino escribieron acerca de los comicios, el Polaco Zamosky sobre el Senado romano (1553), Francisco Patrizi sobre la milicia romana (1683), Lipsio sobre los juegos y otras materias importantes, Pancirolo sobre las dignidades, Enéas Vico sobre las medallas de los antiguos (1555), excediéndole en mérito Sebastian Erizzo; Huberto Golcio, grabador flamenco, publicó muchas medallas (1557-79), de las cuales José Scaligero y el P. Petau se valieron para la corrección de las épocas.

Siendo Roma centro de tales estudios, los autores se empeñaron principalmente en examinar cuanto concernía a la topografía de esta ciudad,

y se pretendió explicar todo monumento del arte antiguo por alusión a la historia romana. Otros se ocuparon en deducir principios generales de casos particulares, é inventaron teorías extravagantes mal fundadas, y sobre todo incompletas.

Niebuhr, tan rígido con sus predecesores, elogia a los arqueólogos del siglo XVI, quienes « reuniendo a duras penas multitud de particularidades aisladas, llegaron a sacar de ellas lo que no ofrecían los restos de la literatura antigua en una sola obra, esto es, una exposición sistemática de las antigüedades romanas. Lo que hicieron es prodigioso, y bastaría para asegurarles fama inmortal (1). » Se nos presenta ahora la ocasión de reparar el olvido en que generalmente se tiene al doctísimo Onofrio Panvinio. « Es notorio (nos servimos de las palabras de otro escritor muy erudito, Escipion Maffei, *Verona ilustrata*, p. 2, lib. IV) para todo el que haya profundizado la literatura más escogida y la verdadera erudición, que el manantial más seguro y abundante de noticias antiguas son las lápidas y las inscripciones. Ahora bien, este estudio a nadie se debe más que a Panvinio, ni nadie lo ha promovido ni ilustrado tanto como él. Extraño parecerá mi aserto, si se atiende a que ni en la historia del estudio lapidario que precede a la segunda edición de Gruter, ni en los escritos de tantos autores como han elogiado diferentes veces a los que se han ocupado en tal aplicación, se hace mención de Panvinio. No merece, sin embargo, este olvido; pues en primer lugar, mientras que antes de él los lapidarios no hicieron más que copiar y reunir las inscripciones, Panvinio fué el primero que, aduciendo siempre con algún propósito, puso de manifiesto su verdadero uso, é indicó el fruto que de ellas puede sacarse. En efecto, Panvinio, mediante el estudio de las inscripciones, ilustró la cronología de los tiempos romanos, la serie de los cónsules y de los emperadores, el conocimiento de la religión, de las costumbres, del gobierno, de las dignidades, de los oficios, de las tribus, de las legiones, de los caminos, de los edificios públicos, de los magistrados municipales, de los juegos y de todo lo que hay de más importante con respecto a la erudición. Interpretó además las que hasta entonces no se habían podido entender, y en prueba de ello véase en Gruter la pág. 442. En segundo lugar, dejando aparte las simples colecciones, ninguno en sus obras produjo ni publicó tantas ni tan escogidas inscripciones; pues si juntamos todas las que se encuentran en los cinco libros de los *Comentarios a los Fastos*, donde puede decirse que están compiladas genuinamente las consulares y las imperiales entonces conocidas, y las que existen en los tres libros de la *República romana*, en las *Antigüedades veronesas* y en otros escritos, pocas inscripciones insignes ó importantes hallaríamos en Gruter que no hayan

(1) Prólogo a la *Historia romana*.

sido publicadas antes por Panvinio. Es por tanto curioso observar cuántas y cuántas veces se advierte en la referida compilación, que han sido entresacadas de las obras de Metello, de Pighio, de Clusio, de Smezio, de Verderio inscripciones publicadas ya por Panvinio, y alguna vez más correctamente, estando sin alteración la mayor parte de las que él cita; si bien a algunas imitaciones que se encuentran en Gruter, se las designa gratuitamente con las palabras *ex Panvinianis*. Sigonio asegura con mayor fundamento de verdad que muchas inscripciones de las que se sirve a propósito del *derecho itálico*, las ha recibido de Panvinio. Este fué también quien primero observó las señales impresas en los ladrillos y los demás restos de la antigüedad. Añádase que Panvinio emprendió antes que nadie la ardua tarea de redactar en un solo cuerpo y publicar todas las inscripciones que a la sazón eran conocidas, y llevó a cabo tan grande obra gloriosamente, y sin auxilio ajeno, contándose en el catálogo de sus obras la titulada *Antiquarum totius terrarum orbis inscriptionum librum*. En el segundo sobre los *Fastos*, excusándose de no indicar los lugares donde se conservan las lápidas y las medallas citadas, se expresa en esta forma (página 401): « *Magnum inscriptionum totius orbis opus adorno, quod quamprimum, Deo auspice, evulgaritur, in quo omnia singillatim inscriptionum, loca accuratissime descripta sunt*: » y en la página siguiente nos da a entender cuánto se había ocupado en ello, no contentándose, como los demás editores, con transcribir lo dicho por otros, sino copiando los originales de los bronces, y de los mármoles existentes, sobre todo en Roma y en otros puntos de Italia. Por eso Panvinio tuvo el mérito, y otros la gloria resultante, del cuerpo inmortal de las inscripciones; y es harto creíble que su manuscrito entrase por mucho en la colección de inscripciones que posteriormente publicó Gruter; pues que, mientras las demás obras de Panvinio se conservan en Roma ó en otros puntos, nada se ha sabido nunca de la que trata de las inscripciones. De inferir es, por tanto, que fuese robada; y si nos es permitido formar conjeturas en vista de varias consideraciones, nos inclinamos a creer que la colección de Martin Smezio, que ha servido de base a la de Gruter, y que se imprimió lujosamente por Plantino en 1588, es precisamente la de Panvinio, en cuya época Smezio se hallaba en Roma al servicio del cardenal Pio. El título es el mismo: *Antiquarum inscriptionum librum* llamó Panvinio a su obra, según se ve en el catálogo, y al frente del libro publicado por Smezio se lee *Inscriptionum antiquarum liber*.

Con el siglo de Luis XIV dió principio el período docto, el cual, empleando inmensos medios aumentó los conocimientos: la Academia de las inscripciones y bellas letras de Francia emprendió la tarea de ilustrar diferentes puntos del saber humano; viajeros eruditos visitaron

los territorios donde se habían elevado las ciudades famosas, y se propagó el ardor de conocer é interpretar los tiempos antiguos. Las disertaciones de Grevio y Gronovio, reunidas en sus *Tesoros*, sirven de útil fundamento, aun después de haberse deducido de ellas doctrinas mucho más vastas; Muratori y Gruter, casi contemporáneamente, reducian a un cuerpo sistemático los epígrafes griegos y latinos; Montfaucon se esforzó en explicar los usos de los antiguos por medio de los monumentos; con vista de los mismos pretendía también Bianchini adivinar la historia primitiva del mundo, y Kircher descifrar los enigmas de la esfinge egipcia; Martin y Baxter indagaban las antigüedades de los Galos y de la Bretaña, y Bosio y Aringhi las de los primeros Cristianos.

El trabajo de los literatos se vió secundado por los nuevos descubrimientos, por el aumento de las colecciones en los museos, por los multiplicados cotejos, por la necesidad que el estudio de las lenguas, la erudición, la crítica y la jurisprudencia tenían de la Arqueología. De aquí resultaron obras insignes. Eckhel ordenó la ciencia de las medallas y de las monedas, distribuida alfabéticamente por Rusche; Dempster, y posteriormente Passeri, prepararon los materiales con que Lanzi explicaba los monumentos y las lenguas de la Italia de la edad media; el conde de Caylus, que se distinguió por el gusto y los conocimientos técnicos, dispuso por épocas los monumentos, y meditando sobre las artes que los produjeron, publicó una colección de antigüedades egipcias, etruscas y romanas.

§ 12. SUS MEJORAS EN EL SIGLO PASADO.

La Arqueología, que desde Fabricio hasta Montfaucon había sido más bien anticuaria, llegó a ser más artística que filológica con Winckelmann, cuyo nombre será siempre pronunciado con gratitud, a pesar de sus teorías absolutas y exclusivas. Winckelmann desvió de las confusas fábulas latinas la atención de los eruditos, dirigiéndola a la mitología griega; dió la historia de las artes, al paso que antes no se tenían más que catálogos y las noticias inexactas de Plinio, y poniendo cada monumento en cotejo con todos los que existen, rechazó las interpretaciones caprichosas. Es cierto que redujo sus investigaciones al arte griego; tanto que fuera de él no halló sino tinieblas. Consideró el arte egipcio como una sombra de la luz del arte griego, y el romano como un reflejo del mismo; las cabezas de Cristo hechas en la edad media le parecieron *lo más innoble que pudiera imaginarse*. Su *Historia del arte* cesa, pues, con la traslación de la sede imperial a Constantinopla. Cicognara trató de considerarlo desde su renacimiento en Italia; pero apenas comprendió aquellos fecundísimos siglos medios. Los documentos que les conciernen fueron reunidos con gran paciencia por d'Agincourt,